

Lunes XVII del TO
Ciclo B



26 de julio de 2021

J3 13, 1-11

Sal 32

Mt 13, 31-35

P. Eduardo Suanzes, msp

En el Evangelio, vemos a Jesús ante la muchedumbre a la que le descubre, contrariamente a lo que esta esperaba del mesías davídico, que el Reino de Dios no será un gran cedro, como los del Líbano, que domina a todos los árboles del bosque, sino que será como un modesto arbolito que sube por encima de las legumbres de un huerto. Este Reino de Dios no procederá de lo ya existente, sino que será un árbol nuevo. En la cultura de Jesús, para ponderar la pequeñez de algo se comparaba siempre con un grano de mostaza. Jesús hace el contraste entre la pequeñez de la semilla y el árbol que resulta. Para más escándalo de la mentalidad judía exclusivista de los oyentes, a este modesto árbol confluirán los pueblos paganos (que son los pájaros en el cuento).

Una vez más se opone Jesús a la esperanza de grandeza que tenía la gente judía de dominio exclusivista universal, unida esta esperanza al tipo de mesías que esperaban. Israel no dominará a las demás naciones, ni el Reino de Dios tendrá en la historia la figura de un gran imperio. Esa es la razón de que hable en parábolas: era la única forma de que la gente comprendiera el mensaje, porque eran incapaces de aceptar la realidad pura y dura en una exposición abierta.

En la siguiente parábola Jesús utiliza el contraste de la enormidad para dar la idea de cómo es su Reinado. Tres medidas de harina son 42 kilos de harina, cantidad enorme para un pellizco de levadura: suficientes para una comida de ciento cincuenta personas o un pan de 50 kg. El texto no describe, pues lo que una campesina suele hacer, porque nadie se pone a hacer un pan de ese tamaño, salvo que esté participando en los records mundiales. Por tanto, la idea central no está en la pequeñez de la levadura porque, además, para 42 kilos de harina se requieren casi 2Kg de levadura. Para expresar algo minúsculo que altera toda la masa hubiera sido más apropiado utilizar el símil de la sal. Lo que importa, el foco, ***es que la levadura está oculta pero hace fermentar una cantidad ingente de harina***. Así ocurre con el reino de Dios: una vez escondida la levadura, un proceso incesante lleva a la plenitud. Jesús está queriendo subrayar la eficacia de la levadura en la totalidad de la masa. Todo acabará por realizarse. La levadura no se confunde con la masa, pero actúa sobre ella, desde dentro de ella.

Esta segunda parábola completa la primera, pues no solo habrá personas que acudirán al reino, sino que la presencia de este influirá en toda la humanidad, hasta llevarla a la madurez. Como la levadura, el reinado de Dios actúa desde dentro de la humanidad misma, desde lo más profundo de ella. Así como la parábola de la mostaza se fijaba en el aspecto

exterior, en esta de la levadura, se fija Jesús es la acción invisible de la gracia, a la que no se puede poner límite y que no puede constatarse sino hasta el final.

Pero, como he dicho antes, la levadura tiene que actuar desde lo profundo, desde el interior, desde lo invisible. Y aquí está la clave de interpretación. Y es que o actúa desde el interior, desde lo profundo o no habrá nada que hacer. La levadura no se pone por fuera, no es un añadido que da color a la harina, sino que la transforma, la hace fermentar. A veces nos preguntamos por qué nuestras obras apostólicas no transforman la realidad en la que vivimos; nos quejamos de cómo es que las vocaciones parecen que se han ido de vacaciones. ¿No será porque acogemos a Jesús no desde lo profundo del corazón, sino desde el exterior? ¿No será que la harina que ha de fermentarse no está preñada de levadura, aunque sea un poquito, si solo basta un poquito, pero que esté en lo profundo del corazón para que transforme nuestra vida y todo lo que tocamos.

Estas dos parábolas revelan un concepto de Dios muy diferente del que aparece en el Antiguo Testamento. No es el Dios triunfador, sino el Dios humilde, dentro de la historia su obra no es esplendorosa ni espectacular, sino modesta, como la mostaza; su obra no se hará sin obstáculos, sino entre ellos (cizaña). El amor es al mismo tiempo fuerte y débil¹.

¹ Cfr. JUAN MATEO Y FERNANDO CAMACHO. *El Evangelio de Mateo. Lectura comentada*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1981